

Información y desarrollo bajo la contraofensiva Reagan

Fernando Reyes Matta
Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales
(ILET, México)

Fue una especie de paradoja histórica.

Cuando aún se oían los ecos de los alegres gritos dados en la plaza de la Bastilla por el triunfo de Mitterrand, se juntaron, en Francia, los representantes más conservadores de diversas organizaciones occidentales de la información. Llegaron con un propósito: articular una fuerte contraofensiva frente a las demandas de los países del Tercer Mundo y otros actores internacionales, que se han movilizado en los últimos años por un cambio en las estructuras dominantes de comunicación e información a nivel mundial.

El 15 de mayo pasado convergieron 68 voceros de poderosas instituciones de la "western press", más algunos observadores, a Talloires, un sereno lugar de los Alpes franceses. Allí concretaron, en la declaración llamada "Voces de Libertad" la estrategia de acción: dureza frente a la UNESCO, rechazo al Nuevo Orden Informativo, agresividad en la conquista de nuevos mercados para las tecnologías de las corporaciones occidentales, reconocimiento a la publicidad y, en resumen, una defensa cerrada del principio del "libre flujo de la información", que constituye la plataforma política y conceptual con la cual se han movilizado las grandes corporaciones de información y comunicación en su estrategia de expansión transnacional.

Los títulos de la prensa internacional fueron elocuentes para dar cuenta de la nueva situación. El *Internacional Herald Tribune* habló de "líneas de batalla" y de "nueva polarización". En su editorial del 21 de mayo planteó la necesidad de que la UNESCO se alejara de un supuesto afán de establecer "códigos y limitaciones". El *Washington Post* publicó un editorial con un título obvio: "Luchando por la prensa libre". También dicho editorial fue reproducido por el *Herald* en París. En el *Sunday Times* se dijo: "Occi-

dente regresa a la lucha por la prensa libre”; mientras *The Economist* fue igualmente concreto, titulado “palabras de lucha” a su nota sobre Talloires. Tales informaciones fueron parte de una verdadera campaña que llevó el tema de la reunión de Talloires a páginas destacadas en el *Time*, *Newsweek* y otros semanarios. El *New York Times* dedicó amplio espacio a la publicación de la declaración, salvo la eliminación de dos líneas referentes a la publicidad, lo que merece ser comentado luego. En la mayoría de las informaciones se volvió a insistir en estereotipos y deformaciones ya conocidas: lo que la UNESCO quiere es promover el control gubernamental de la información; en toda la campaña por un nuevo orden informativo está la influencia soviética y la de sus aliados en el Tercer Mundo, ansiosos de controlar la información en todas sus dimensiones. La prueba gráfica de ello se dió en la caricatura de Herblock en el *Washington Post*, que reprodujo la revista *Newsweek* en sus diversas ediciones internacionales. Un periodista norteamericano, con cara de buen muchacho, mira desconcertado a dos supuestos gobernantes del Tercer Mundo (chicos y racistamente estereotipados) que le quieren colocar una gruesa cadena y un bloque de piedra alrededor del cuello, símbolo de una “Licencia de la UNESCO para practicar el periodismo”, mientras un militar supuestamente soviético observa sonriente la escena.

Toda esta coordinada contraofensiva de la segunda quincena de mayo de 1981 no fue un hecho aislado. Ella respondía a crear una atmósfera de presión sobre la UNESCO donde a mediados de junio se discutió el Programa Internacional para el Desarrollo de las Comunicaciones (PIDC), aprobado en la Conferencia General de la organización internacional, realizada en Belgrado a fines de 1980. Dicho programa estaba precedido de un esfuerzo por parte de Estados Unidos, desde la anterior conferencia de la UNESCO, en 1978, por manejarlo a partir de una entidad internacional nueva, con participación de organizaciones públicas y privadas y un aporte que diera a la tutoría norteamericana el control de los programas de asistencia técnica y transferencia de tecnología a los países del Tercer Mundo. El intento por lograr tal control se planteó en Washington, en una conferencia con la participación de casi 40 expertos internacionales, realizada en noviembre de 1979. Allí se rechazó la idea de la entidad ajena, recomendándose que el PIDC se llevara adelante dentro del marco de acción de la UNESCO, lo cual se ratificó en París, en abril de 1980. Después de la aprobación de Belgrado, la posición norteamericana se endureció para crear obstáculos al PIDC en su puesta en marcha. En ello Estados Unidos ha contado con la participación estrecha del gobierno británico.

Pero también había en espacio anterior de coordinación y acción creado a partir del cambio de gobierno en la Casa Blanca y la llegada al poder de Ronald Reagan. Desde las primeras semanas de actividades la administración dió señales de una voluntad de confrontación en el campo de la información, coincidente con sus actitudes en todos los frentes de relaciones internacionales. La información es parte de la creación de una atmósfera de Guerra Fría y en ello Reagan ha sido preciso: mientras se movió con in-

tensidad para recortar los presupuestos públicos en múltiples programas sociales, incrementó los fondos de la Voz de América y los gastos en telecomunicaciones, electrónica e informática de la Secretaría de Defensa.

El cambio de gobierno trajo a la dirección de la ICA, International Communication Agency, a Charles Wick, un hombre de negocios californiano, amigo personal de Reagan, encargado, según *Time*, de impulsar una acción “dura y activa” contra todo aquello que esté en perspectivas de cambio, liberación o socialismo. La anterior dirección de la ICA, con John Reinhardt, fue la encargada de llevar la representación de Estados Unidos en la UNESCO durante las conferencias generales de la institución. Fue Reinhardt quien diseñó la estrategia de cooptación de las demandas del Nuevo Orden Informativo durante un significativo discurso en la conferencia de 1978, reorientando la posición norteamericana hacia una aceptación de las denuncias de desequilibrio informativo hechas por el Tercer Mundo, pero señalando que la respuesta a ello debía ser “práctica y constructiva”: crear programas de asistencia técnica, entrenamiento de comunicadores y gran transferencia de nuevas tecnologías hacia los países postergados.

Bajo la dirección de Wick se puso en marcha un programa de interacción de los diversos sectores envueltos en la articulación de una campaña energética. Hubo participación del Departamento de Estado, colocando el tema de la información en líneas de prioridad alta. Alexander Haig recibió a los miembros de la ANPA, American Newspaper Publishers Association, mientras los más duros voceros del World Press Freedom Committee, George Beebe (que también fue presidente de la SIP) y Leonard Marks (ex-director de la USIA, antecesora de la ICA) comenzaban a articular la puesta en marcha de un programa de reacción dura contra la UNESCO, contra los esfuerzos de los países No Alineados por cambiar la estructura vigente de información internacional con claro predominio de las agencias y corporaciones transnacionales, y también contra todas las instituciones privadas envueltas en la construcción de un nuevo orden informativo internacional. Como dijo Paul Chutkow en un largo artículo sobre las nuevas tendencias de la confrontación (*International Herald Tribune*, 20 de mayo, 1981) “la administración Reagan ha asegurado privadamente a los ejecutivos norteamericanos de la información que ella tomará una posición más firme que la administración Carter en estos temas”.

¿De la retórica a la acción?

La mayor o menor dureza frente a estos temas se da, sin embargo, dentro de una continuidad de intereses en que la Casa Blanca, por encima del gobierno de turno en los últimos años, se ha visto determinada por las necesidades de expansión de los grandes consorcios transnacionales, especialmente del campo de la telecomunicación, la informática y los desarrollos electrónicos avanzados, como los satélites y las comunicaciones digitales. Fueron los estrategas de tales entidades los que actuaron en las sombras en

1978, para cambiar la posición norteamericana de rechazo absoluto a los planteamiento de un Nuevo Orden Informativo, que había estado determinada por las presiones de las organizaciones de prensa. La perspectiva de tomar el discurso del “desequilibrio informativo” y convertirlo en programas de desarrollo para el Tercer Mundo, significó a los ojos de las corporaciones la posibilidad de grandes mercados. Por ello es que los nuevos acontecimientos, registrados en el marco de la estrategia dura, no han variado este enfoque. Por el contrario, refuerzan el argumento tecnológico como la respuesta necesaria para “dejar la retórica y pasar a las acciones constructivas”.

Muy pocos días después del encuentro de Talloires, el vicepresidente norteamericano, George Bush, reforzó esta perspectiva. El exmiembro de la Trilateral, que fue embajador ante la ONU entre 1971 y 1973, señaló en un banquete de la United Nation Association, que el organismo internacional debía dejar de ser “un podium desde el cual una nación o movimiento radical haga propaganda”. Tal actividad debe terminar, señaló, con una “reducción de la retórica política a través del sistema de Naciones Unidas”. Junto con ello señaló que la UNESCO debía terminar con los “esfuerzos para establecer orientaciones a la prensa” agregando que los intentos de establecer una “censura internacional” era una cuestión que contaba con “una fuerte oposición del Presidente Reagan”. Su discurso estuvo dirigido a señalar que Naciones Unidas debía recuperar credibilidad, pero en esencia el foco de ello —o por lo menos el que difundieron despachos informativos como el de AP del 27 de mayo— colocaron el acento en la cuestión informativa. “Es la esperanza de nuestra administración —dijo Busch— que los esfuerzos por controlar la libertad de prensa no crezcan y que Naciones Unidas no continuará siendo el campo de batalla para conflictos ideológicos como éste”.

Calificar de retóricos los planteamientos de cambio planteados por los países del Tercer Mundo, en sus esfuerzos por romper con las múltiples manifestaciones del neocolonialismo, ha sido una posición clásica de las antiguas potencias colonizadoras y de Estados Unidos. Ello se hizo evidente en el diálogo Norte-Sur y se ha reiterado en cualquiera de las conferencias internacionales destinadas a revisar la división internacional del trabajo y los beneficios de los recursos mundiales. En el campo de la información —al igual que en los debates sobre los fondos marinos, la energía o el uso de las frecuencias de la banda magnética— llegó la hora de acusar de retóricos a las voces promotoras del cambio. Con ello, se pretende descalificar las demandas políticas, y recuperar el debate desde una perspectiva que vaya en beneficio de las estructuras de dominación vigentes.

Por eso, la declaración de Talloires recogió las nuevas tendencias en los siguientes párrafos:

“Creemos que el debate sobre noticias e información que ha tenido lugar en la UNESCO y otros organismos internacionales, debe ahora ser dirigido hacia un fin constructivo.

“Prometemos cooperar en todos los esfuerzos genuinos dirigidos a la

expansión de una libre corriente de información en todo el mundo. Creemos que ha llegado el momento para que la UNESCO y otros organismos intergubernamentales abandonen sus esfuerzos respecto a regular el contenido de las noticias y formular reglas para la prensa.

Los esfuerzos deben dirigirse a la búsqueda de soluciones prácticas tales como mejorar el proceso tecnológico, aumentar el intercambio profesional y la transferencia de equipos, reducir las tarifas de comunicación y producir papel de imprenta más barato”.

A partir de tales afirmaciones, la prensa internacional conservadora movilizó sus voces de apoyo. *The Times* editorializó el 19 de mayo con este título: “La retórica de la censura”. Allí criticó a la UNESCO señalando que sus propósitos de un nuevo orden mundial de la información y la comunicación eran “Orwellianos”. Junto con ello dijo que existía una retórica para disimular los esfuerzos que, en definitiva, iban dirigidos a crear una atmósfera de control a la información y al libre flujo de noticias. Y frente a ello, señaló la propuesta de la nueva estrategia:

“La respuesta, como los signatarios de la declaración de Talloires claramente lo ven, es ayudar a los países en desarrollo a encontrar sus propias voces. Esto requiere cooperación técnica y financiera de los países montados hoy sobre la comunicación mundial y dar asistencia a los periodistas nacionales. Ayuda de esta clase, práctica y pronta, ofrece la mejor esperanza de desviar a la UNESCO de su curso antiliberal de controlar la prensa, lo cual pervierte su carta fundadora”.

El *Washington Post*, por su parte, en un editorial del 30 de mayo, reproducido también en Europa por su socio el *International Herald Tribune*, editado en París, articuló toda la secuencia de argumentos, uniendo las afirmaciones de la declaración de Talloires, los enfoques respecto a la necesidad de acciones prácticas, el discurso de Bush y la ofensiva de la “prensa libre”. Pero junto con ello fijó otro ángulo de la cuestión, que señala la línea política en la cual la estrategia conservadora occidental se moverá en este campo. Dijo el *Washington Post*:

“La UNESCO juega la partida del consenso, tratando cada cuestión como acordada por pacto internacional de conveniencia. Pero la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura es una organización dedicada, en su carta, al ‘libre flujo’ de la información y las ideas. Este no es una mercancía o un interés a ser cortado en partes, negociado y repartido. El sólo pensamiento de considerar a la prensa libre negociable es repugnante”.

Haya tenido conciencia o no en toda su totalidad, el *Washington Post*, de lo que decía, el asunto es que reflejó la “retórica occidental” en la ofensiva: descalificar el trabajo por consenso que ha sido un esfuerzo profundo del director general de la entidad, M’Bow, para ir logrando avances en el tema. En los documentos oficiales preparados para la reunión de Talloires, Rosemary Righter —columnista del *Sunday Times*, consultora del conservador International Press Institute y constante activista contra la UNESCO— señaló que la lección de Belgrado se sintetizaba en esta idea: “The

Bankruptcy of consensus" (La bancarrota del consenso").

Así las cosas, la estrategia de la contraofensiva muestra su propia retórica:

- descalificar los esfuerzos de la UNESCO y el Tercer Mundo recuperando del debate el campo de las necesidades tecnológicas y la asistencia técnica,
- descalificación del mundo multilateral y sus acuerdos de consenso, para intensificar las acciones bilaterales,
- articular estrategias de presión entre gobiernos y sectores privados para crear legitimidad contemporánea al principio del "libre flujo", ya no sólo en beneficio de la circulación de noticias, sino también de la publicidad y las tecnologías desarrolladas por las grandes corporaciones transnacionales de la electrónica y la informática.

Desarrollo, pero el nuestro

Es una evidencia conceptual y política que todo el discurso de los países del Tercer Mundo, más fuerzas progresistas de países industrializados del este y el oeste, se ha caracterizado por la búsqueda de un nuevo orden internacional. Desde comienzos de la década pasada se planteó la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional, que revisara los ordenamientos económicos, financieros, tecnológicos, la disponibilidad de recursos naturales, tecnologías, patentes y conocimientos y, en suma, todo aquello que ha configurado el poder del capitalismo hacia una fase transnacional. En esencia, se ha venido planteando la revisión de un modelo de desarrollo, configurado al término de la Segunda Guerra Mundial e impuesto de manera creciente a la mayoría de los países periféricos. Tal situación de hegemonía se ha sustentado no sólo en la potencialidad económica, sino también en la articulación de un sistema de información, de un modelo de noticia, de una red de dominación cultural. Las industrias de la cultura se han expandido transnacionalmente, creando un sistema de dominación frente al cual los países periféricos han reaccionado.

Esa reacción tercermundista logró llevar la iniciativa política, poner la agenda de debate y, en cierta forma, actuar sorprendiendo a los centros de poder con un enfoque de revisión a las estructuras de relaciones internacionales. Ello fue especialmente evidente en el debate sobre la información. Tal situación ha cambiado en 1981 y surge una estrategia de confrontación, de ofensiva. En suma, los centros del poder conservador occidental toman la siguiente estrategia: la cancha de juego la vamos a poner nosotros. La consecuencia es tomar los temas claves del debate, reubicando su sentido, recuperando el control de los mismos y reformulando las fronteras de decisión. Ello se manifiesta en las siguientes áreas de acción:

a) *Reafirmación de los conceptos clásicos de noticia.* El discurso contestatario de los países del Tercer Mundo ha colocado la cuestión de los "News Values" como elemento central. La búsqueda de la noticia por razones mer-

cantiles, la sobrevaloración de lo espectacular, la carencia de contexto en las noticias, todo ello ha constituido un arsenal de crítica en los años recientes. Si la reacción de las agencias de noticias, como AP y UPI, y ciertos medios de influencia internacional fue demostrar que las noticias sobre el desarrollo también les interesaban, su perspectiva actual parece moverse más en la línea de defensa de los conceptos de noticia que determinaron su poder de alcance mundial.

Stan Swinton, Vicepresidente y Director de Servicios Mundiales de la AP, dijo a *Multinational Monitor*, en diciembre de 1980, que “no existe hasta ahora una definición específica del nuevo orden informativo internacional”. Y con ello se preguntaba, en tono de rechazo: ¿Significa que se debe botar al bebé con su bañera, que se debe botar toda la información existente y empezar todo de nuevo? ¿Significa que en los países en desarrollo sólo se escribirán las buenas noticias; cuando se construye una presa entonces se dice que se construye una presa, pero si la misma se cae y perjudica a miles de personas, éso no se publica?”. Para Swinton el problema es que hay dos estilos de periodismo en el mundo y que ellos son irreconciliables. “Existe, por un lado, el concepto soviético en que la prensa es una herramienta del gobierno, trabaja para el gobierno, sus empleados son sirvientes del gobierno. Por el otro lado, está el concepto occidental, en que la prensa se esfuerza por encontrar las cosas que no marchan bien”. Este destino de búsqueda de lo negativo como sino fatal de la prensa competitiva occidental lo justifica, además, Swinton diciendo que éso mismo es lo que hacen los periodistas del Tercer Mundo cuando visitan Estados Unidos.

Para Gerard Long, hasta no hace mucho director de Reuter y hoy director del Grupo Times Newspapers adquirido recientemente por Rupert Murdoch, la cuestión es clara: “Nuestro primer objetivo editorial es obtener beneficios” dijo al diario español *El País* el 27 de mayo. Y, por cierto, atacó duramente a la UNESCO, al participar en el Congreso de la Federación Internacional de Editores de Diarios, realizado en Madrid después de Talloires y donde la estrategia de la controofensiva se reiteró y afinó.

Estas manifestaciones, dadas en momentos diversos, son ratificaciones de la tesis señalada por Leonard Marks, hoy Secretario Ejecutivo del World Press Freedom Committee, en una entrevista con el *New York Times* el 15 de febrero de 1981. Allí éste dijo:

“Cuando un avión aterriza en Malawi, éso no es noticia, pero cuando sufre un accidente, lo es. Muchos proyectos constructivos de desarrollo, como la terminación de un proyecto de viviendas o la reducción de la tasa de mortalidad infantil, *son más información que noticia*. Pero hay muchos lugares donde puede darse cuenta de ellos —revistas informativas, films documentales, seminarios, conferencias y textos de estudio. . .”. En la enumeración de Marks —que señala una tendencia hacia la especialización y la circulación informativa elitista— se excluyen los periódicos, la radio, la televisión y otros medios masivos. Esto marca un enfoque importante de la contraofensiva, otra cooptación: reconocer que el Tercer Mundo requiere más información sobre el desarrollo y su desarrollo, pero que éso es un mundo ajeno

— a los mass media. Para estos son las noticias, entendida —a pesar de todo el debate internacional— como una cuestión de urgencia, de espectacularidad, de excepción y color. La información es otra cosa y debe ir hacia otros canales, más cerrados y exclusivos. Tal perspectiva lleva a otra de las características de la contraofensiva: las acciones contra la ONU.

b) *Rechazo a los esfuerzos propios de Naciones Unidas para una mejor información.* A dos días del discurso de George Bush pidiendo que Naciones Unidas dejara “la retórica” y recuperara su “credibilidad”, el diario *New York Times* (28 de mayo, 1981) publicó una información en tono crítico y de denuncia contra el organismo mundial. En su primera página señaló: “Naciones Unidas dió \$432.000 (dólares) a la Prensa Extranjera para publicar sus puntos de vista”. (U.N. Gave \$432.000 to the Foreign Press to Publish it Views).

La información se refería al plan que durante dos años y con la aprobación de los 67 países miembros del Comité de Información de la ONU, entre los cuales estaba Estados Unidos, había permitido publicar diversos suplementos en 16 periódicos de prestigio en todo el mundo, para incitar el intercambio internacional de opiniones en pro de la continuación del diálogo Norte-Sur sobre la economía mundial y su desarrollo.

Pero lo importante es que el *New York Times* no dió cuenta de tal acuerdo y propósito. La crónica planteaba con mala intención que “las Naciones Unidas han reconocido haber dado subsidios por US\$432.000 a 15 periódicos extranjeros para suplementos de promoción de los puntos de vista de la organización sobre la ayuda al Tercer Mundo”. Agregaba además que un décimo sexto diario, *Jornal do Brasil*, imprimió los suplementos pero “rechazó el subsidio como impropio”. La crónica daba cuenta del plan llevado adelante por Jean Schwoebel, excorresponsal diplomático del diario *Le Monde*, autor del proyecto que puó realizarse gracias a una donación de la Japan Shipbuilding Industry Foundation, pero los detalles entregados distorsionaban todo el plan y planteaban una posición crítica respecto de los contenidos referentes a “la descolonización de la economía mundial”. La visión que se daba era la de una serie de suplementos de contenido poco claros —retóricos diría Bush— realizados con gastos altos. Lo importante fue que el *New York Times* sabía del proyecto, ya que fue uno de los periódicos invitados a unirse a él a mediados de 1979, pero no había hablado del asunto hasta ahora. ¿Por qué? La respuesta sólo puede encontrarse en el atmósfera de contraofensiva de los polos del poder informativo mundial.

Un mes después de esta crónica del *New York Times*, que obligó a esfuerzos múltiples de esclarecimiento por parte de la Subsecretaría General de Información Pública de la ONU (carta publicada el 4 de junio en el NYT), vino el segundo paso de la estrategia contra los esfuerzos informativos propios de Naciones Unidas. El diario *Washington Start* —ahora desaparecido— publicó el 29 de junio una crónica con tono igualmente escandaloso, señalando que “organismos de las Naciones Unidas financiaron artículos sobre temas del Tercer Mundo a través de pagos a Inter Press

Service (IPS), una agencia noticiosa con sede en Roma". La información del *Washington Start* fue difundida por la Associated Press, con lo cual la nota de "denuncia" encontró amplificación y difusión en múltiples medios, especialmente de América Latina.

El ataque del *Washington Start* —cuyo editor, Murray Gart, participó en Talloires y abogó por presionar a los gobiernos para retirarse de la UNESCO, según dijo el *Editor and Publisher* del 23 de mayo— estaba dirigido contra los acuerdos entre diversos servicios informativos de algunos organismos de Naciones Unidas e IPS, para promover el enfoque de diálogo y desarrollo solidario que a dicha agencia interesa dar a conocer. La agencia entregó una declaración que, si bien fue difundida por AP, no contó con la publicación y difusión espectacular que se dió a la noticia original en diversos periódicos.

Toda esta serie de acciones, articuladas antes y después del debate sobre el PIDC realizado en la sede de la UNESCO a mediados de junio, obligaron a una reflexión de fondo en los organismos de información y estudio vinculados al nuevo orden informativo. Las denuncias contra el proyecto de los suplementos en diversos diarios de influencia internacional y luego contra IPS, fue manifestación de una posición política de fondo: el rechazo a la difusión de un modelo de desarrollo más solidario en lo político, económico y social, que una mayoría de países ha venido postulando desde Naciones Unidas. En este sentido los medios occidentales articulados en la campaña de la contraofensiva rechazan los acuerdos de una democracia internacional en acción. Ello es coherente con la tendencia de la administración Reagan a bajar su presencia en el diálogo multilateral, para presionar en las negociaciones bilaterales. No se quiere la política de los consensos ni la aceptación de las tendencias mayoritarias sostenidas por los países miembros de la ONU. Juan Somavía, conocido analista latinoamericano de los problemas de la información, miembro de la Comisión MacBride, fue claro al referirse a las cuestiones de fondo envueltas en esta pugna:

“¿Por qué ha de ser ilegítimo que Naciones Unidas y sus agencias especializadas elijan a una agencia tercermundista para que informe sobre sus actividades en materia de desarrollo? ¿O es que UPI y AP consideran que ellas pueden reflejar mejor los problemas de desarrollo del Tercer Mundo o será, mas bien, que no desean que se informe sobre la multitud de trabajos e investigaciones de Naciones Unidas en donde se demuestren las injusticias de la actual estructura económica internacional?

Negar a las Secretaría de las organizaciones de Naciones Unidas el derecho a dar a conocer sus propios trabajos por los canales que emiten adecuados, es negarle el mandato que ha recibido de los propios gobiernos. Negarle este derecho también significa desconocer la voluntad mayoritaria de los países miembros que en múltiples ocasiones y reiteradas veces se han pronunciado en favor de importantes cambios estructurales en el actual ordenamiento mundial para beneficiar a las mayorías nacionales. Es que los sectores conservadores pretenden que nada de ésto sea conocido y que la opinión pública no se informe sobre procesos políticos tan importantes?

Al querer silenciar a las Secretarías de Naciones Unidas que informan sobre sus actividades en materia de desarrollo se contribuye a encubrir la realidad y se niega el ejercicio del derecho de la información que tienen tanto los países del Tercer Mundo como del mundo industrializado”.

c) *Rearticulación de intereses: publicidad, tecnologías, mass media.* En el marco de las diversas etapas de la contraofensiva de los polos conservadores del sistema informativo occidental dadas a conocer queda en evidencia que el problema corresponde a la manifestación de una realidad más significativa: la confrontación de un poderoso modelo de desarrollo —el capitalismo en su fase transnacional— con el resto del mundo.

Por ello es que la reunión de Talloires abre las perspectivas de su declaración a dos temas que establecen la red de acción conjunta de la expansión del sistema comunicativo occidental, especialmente norteamericano: la publicidad y las tecnologías avanzadas de comunicación. En la reunión, que fue organizada por el World Freedom Press Committee junto a la Fletcher School of Law and Diplomacy de la Tufts University, se hicieron afirmaciones categóricas en este aspecto.

“Reconocemos la importancia de la publicidad como un servicio al consumidor, y como fuente de respaldo para una prensa libre y con recursos propios. Sin independencia financiera, la prensa no puede ser independiente” dijo el punto 7 de la declaración “Voces de Libertad”. Tal fue el texto publicado en el *New York Times* el 18 de mayo; el cual fue a su vez distribuido a todos los periódicos influyentes en América Latina (y presu- mimos en otras partes del mundo) por la International Communication Agency del gobierno norteamericano. Sin embargo, el texto verdadero, como lo dió a conocer la revista *Editor and Publisher* el 23 de mayo, tenía una frase previa, muy significativa: “Nosotros nos adherimos al principio de que las decisiones editoriales deben estar libres de las presiones publicitarias”. Tal afirmación fue eliminada por el periódico norteamericano. Fue la única corrección al borrador de debate de Talloires que no incluyó. Lo hizo con todas las otras. ¿Por qué? ¿Se consideró un agregado que quitaba fuerza al compromiso prensa-publicidad en la difusión de un modelo de desarrollo donde el consumo y la promoción del mismo es clave?

La otra opción de Talloires fue en favor de la respuesta tecnológica como la forma de superar el desequilibrio informativo del que se han venido que- jando los países del Tercer Mundo. Se dijo en Talloires:

“Reconocemos que la nueva tecnología ha facilitado grandemente la circulación internacional de información y que los medios de comunicación de muchos países no se han beneficiado suficientemente por este progre- so. Respaldamos todos los esfuerzos de las organizaciones internacionales y otros organismos *públicos y privados*, encaminados a corregir esta falta de equilibrio y facilitar esta tecnología, para promover el adelanto mundial de la prensa y los medios de radioteledifusión y la profesión del periodis- mo”. (punto 8)

Es cierto que la mayoría de los periódicos presentes en Talloires, o que dieron cuenta de la reunión, pusieron el acento en la cuestión de la libertad

de movimiento de los periodistas y su rechazo a códigos internacionales de conducta o de protección. Pero el problema es más de fondo, de “alta política”, como dijo uno de los invitados en Talloires.

Esas dimensiones de la alta política se reflejaron, por lo menos, en dos significativas informaciones. Una fue el editorial del *Washington Post* del 30 de mayo donde sólo se citó textualmente la referencia de Talloires a la publicidad y a la instancia hecha a la UNESCO para trabajar en el campo de lo práctico y los desarrollos tecnológicos. La otra fue más al fondo de la cuestión. La publicó el *New York Times* el 24 de mayo en el suplemento de información semanal, con el título “Guantes a un lado en la lucha con la UNESCO” (Gloves Come off in struggle with UNESCO). Allí se señaló que el problema estaba ligado a los esfuerzos de los países del Tercer Mundo por defender sus recursos informativos, por protegerse de la acción de los satélites sensores remotos y del tráfico de datos, vía informática, a través de las fronteras. Junto con ello la crónica de Paul Lewis precisó: “Al agregar la cuestión de la información científica y de negocios y los satélites al debate en la UNESCO, se han ensanchado los intereses de Occidente en peligro”.

La consecuencia de ver a la UNESCO y otros organismos de Naciones Unidas como un peligro mayor, por su preocupación amplia sobre los múltiples problemas de la comunicación —reflejada especialmente en el Informe McBride— ha creado una articulación que sostiene la estrategia de fondo de la contraofensiva. El artículo de Lewis la definió así:

“Las organizaciones informativas de Occidente ya no serán percibidas por mucho tiempo peleando solas en nombre de la prensa libre y la democracia. Ahora ellas estarán aliadas con poderosas empresas cuyos intereses en mantener el status que son descaradamente materialistas”.

Esos intereses, respaldados por las organizaciones periodísticas reunidas en Talloires, ya han dado un significado a las demandas por un nuevo orden informativo internacional: venta de tecnologías y disputa por los mercados potenciales. Una evidencia concreta de ello la dió a conocer la revista *Business Week*, cuya información difundió la AP el 14 de agosto con el siguiente texto:

“Un nuevo consorcio franco-estadounidense y la empresa Hughes Aircraft, Co., de Estados Unidos, libran una pugna por controlar lo que pronto podrá convertirse en una multimillonaria actividad: la construcción de satélites de comunicación para países en desarrollo, incluyendo Colombia, México, Brasil y Argentina”.

La revista *Business Week* dice en su última edición que el consorcio franco-estadounidense —Aerospatiale and Ford Aerospace and Communications— compite con Hughes para construir en Colombia la primera red de comunicaciones por satélite de América Latina, con un valor de 200 millones de dólares. . . Por el momento, señala *Business Week*, los funcionarios de Hughes parecen confiados en ganar la licitación colombiana y futuros contratos en México, Brasil y Argentina.

“Pero si Aerospatiale y Ford ganan en Colombia, el consorcio espera

expandir la cooperación invitando a otras compañías europeas a que participen. Un funcionario del consorcio agregó que también podrían presentarse a la licitación de Colombia otras empresas como RCA, ITT y British Aerospace”.

La contraofensiva tiene sus razones que se explican por sí mismas. George Beebe, director del World Press Freedom Committee, dijo en Talloires:

“Este es el tiempo para los profesionales, no para los políticos”.

Fue ingenuo o miope. Mucho más claro fue el ministro británico Blaker, quien según el *New York Times* (24 de mayo) dijo:

“Esta no es cuestión de información, es cuestión de política, de alta política”.